

La obra de mis manos

Por Carlos VALDÉS

Dibujos de Sylvia NEUMAN

Lo recuerdo, fue en la escuela, en la primaria, porque en mi pueblo no había otra. Mi padre me había regalado una navaja que tenía una hoja recia y brillante. Entonces me corrieron de la escuela por tajar el mesabanco en que me sentaba. El maestro no quiso entenderme, por más que traté de explicarle que yo no quería tajarlo, sino que quería hacer algo bonito.

No le conté nada a mi padre; pero le fueron con el chisme; él me quitó la navaja y me metió de aprendiz a una carpintería, a la única que había en el pueblo. Mi padre dijo que yo era muy cerrado, y que ya que no había podido prosperar con los libros, lo mejor sería que me fuera acostumbrando desde chico a algún trabajo, y no después me la pasara en el billar haciendo compañía a los vagos del pueblo.

Así fue que entré de aprendiz a una carpintería, y lo hice con buena voluntad porque la madera me gustaba retemucho, y le tenía una especie de cariño. Por eso desde antes de entrar a la carpintería, cuando todavía estaba en la escuela, yo le había estado neceando a mi padre para que me regalara una navaja para tajar madera. Cualquiera palo que me encontraba me ponía a tajarlo; pero no nomás porque sí, sino porque quería hacer cosas de madera.

Mi padre, viendo que me gustaba trabajar la madera, y viendo que me habían corrido de la escuela, pensó que lo mejor sería que yo entrara a una carpintería.

Y así fue. Primero aprendí a hacer sillas, camas y roperos. Fue todo lo que el maestro carpintero buenamente me pudo enseñar. De ahí para adelante yo aprendí por mi cuenta.

Recuerdo que cuando cumplí los quince años, ya era capaz de sacar un santo de un pedazo de madera. Al rato ya podía cumplir con cualquier trabajo que se me encomendara; pero más que nada me gustaba hacer ángeles y arcángeles con alas y todo.

La Virgen que está en la parroquia, y allí ha de estar si no la han quitado, es obra de mis manos. La hice más tarde; fue el año en que cayó la helada. Sucedió así: el señor párroco, que tenía noticia de mi habilidad, me encargó una Virgen para el altar mayor. Está de más decir que yo dije que sí. Como era un encargo muy importante, muy de mañana me fui al monte a escoger un árbol, y no paré hasta dar con uno que me gustaba. Yo deseaba tener buena madera; mi intención era trabajar a conciencia.

Y parece que así lo hice. Cuando terminé, el pueblo admiró mucho a la Virgen que yo había hecho con mis manos; aseguraban que ni en la ciudad se podía encontrar una imagen más bonita. Y no nomás eso, sino que también dijeron que la Virgen tenía las mismas facciones que Carmen la sobrina del párroco.

Eso decía la gente, y yo oía a sus decires.

Pensé que la cosa no podía terminar allí; la gente había comenzado a hablar, y yo no podía quedar mal con los de mi pueblo. Por eso mismo durante algún tiempo le anduve siguiendo los pasos a la muchacha, a la mentada Carmen. Una tarde me la encontré en la calle. Así suceden las cosas; yo no pensaba encontrármela esa vez; pero me la encontré, y le dije que la gente andaba diciendo esto y lo otro, pero que no era cierto; la verdad era que la Virgen se parecía a ella, y no ella a la Virgen.

Carmen me respondió que lo que yo decía era un pecado muy grande, y que hasta el cielo podía castigarme, pero que sin embargo a ella le gustaba que se lo hubiera dicho.

Como la tarde estaba ya pardeando, me animé a arrinconarla contra la pared, y a acariciarle los pechos y a besarla en la boca. Ella me dejó hacer; era sobrina del párroco y seguramente por eso mismo no era tan miedosa como las otras muchachas del pueblo, que apenas uno las miraba y se espantaban como los venados.

Pero después Carmen me dijo que no estaba bien, que ella era Hija de María, y que los chismosos comenzarían a hablar si nos veían juntos.

Le dije que sí, que ella tenía toda la razón: no había para qué darle que hablar a la gente; por eso nos vimos más tarde, como a las nueve de la noche y platicamos por la ventana de

su casa. Estaba muy oscuro; tal vez por eso me animé, y le dije la verdad: que la Virgen se parecía a ella, porque yo la había estado mirando a propósito desde hacía mucho tiempo. Cada vez que ella pasaba a mi lado, dando vueltas en el jardín, las tardes de serenata, la había mirado hasta aprenderme de memoria sus facciones.

No sé hasta dónde serviría esto para que Carmen correspondiera a mi amor; pero lo cierto es que se casó conmigo, y que me prefirió a los ricos que le hacían la ronda. Ni yo mismo lo podía creer.

Hice todas las diligencias, y nos casamos después de que se cumplió el plazo que nos puso su tío el párroco, porque así se acostumbra; quieren probar a los novios, para ver si uno de veras tiene ganas de casarse, o si el amor de uno es pura llamarada de petate, y el novio se cansa de esperar, y se arrepiente.

Mientras tanto, me puse a hacer los muebles; pensé que si las cosas habían de hacerse, pues habían de hacerse bien. Hice una cama, un ropero y unas sillas; todo lo hice lo mejor que pude, y creo que no me quedaron tan mal; o al menos cuando Carmen vio los muebles, dijo que estaban buenos, que sí le gustaban. (Quién sabe en realidad qué pensaría ella; con las mujeres nunca sabe uno a qué atenerse.) Esperamos a que terminara el plazo, al fin llegó el día, porque a cada santo se le llega su función.

Al principio del matrimonio todo iba más o menos bien. Carmen me resultó una mujer caprichosa y antojadiza, pero yo le cumplía sus gustos; pensaba que al fin y al cabo el dinero lo habían hecho para rodar, y que yo ganaba lo suficiente. Era cierto, los encargos no me faltaban; desde pueblos lejanos los curas venían a mi taller; mis santos por bonitos eran famosos en la región.

Pero eso no le bastaba a mi mujer. Unos cuantos buenos vestidos no iban a compensarla de la humillación de haberse casado con un pobre. Ella era bonita, y seguro le gustaba lucir y que la gente la mirara; me decía que nos fuéramos a vivir a una ciudad. Pero yo me hacía el sordo; pensaba que en las ciudades la gente no es muy devota, y que allá me escasearía el trabajo.

La gente empezó con sus decires; decían que la veían aquí y allá platicando con los hombres del pueblo, y aun con los forasteros, y que si no la cuidaba, un buen día se me iba a huir.

Fui con el señor párroco, y le platicué lo que la gente andaba diciendo de su sobrina. El señor párroco me dijo que él ya me había entregado a su sobrina, y que ahora la obligación era mía y no de él, que yo debía cuidar que el pecado no entrara por las puertas de mi casa, y que si acaso el pecado se me metía, la culpa sería mía y no de él, que él sabía cuáles eran sus compromisos y sus responsabilidades, y que por eso mismo me había dicho que sí cuando yo había ido a pedirle a Carmen, porque él lo que quería era no tener responsabilidades de faldas, y que si yo no hubiera llegado pronto a pedir su mano, él la hubiera mandado a un convento de monjas, porque para compromisos ya tenía el de su alma, y que por eso se había metido de cura, porque a él no le gustaban las responsabilidades de faldas.

Con estas palabras me despidió, y yo me retiré a mi casa sin ningún consuelo.

Carmen se salió con la suya; más bien dicho, me abandonó. La gente dijo que había huído con el hijo del presidente municipal; pero a mí no me importaba con quién se hubiera ido, lo que me dolía era que se hubiera ido sin decirme nada. Como si yo mereciera menos consideración que un perro; a veces alguien que sale a la calle, le dice al perro: "Ya volveré, cuida la puerta."

Carmen me abandonó, pues. Las malas lenguas decían que se había ido rumbo a la ciudad; y hasta algunos aseguraban que la habían visto huir con el hijo del presidente municipal. Yo no les preguntaba nada; pero ellos me daban noticias. Unos me contaban una cosa, y otros otra; unos que la habían visto irse en el tren, otros que en un camión de carga; de tantas cosas que me decían yo sentía que la cabeza me daba vueltas.

¿Por qué la gente andará metiéndose siempre en donde no la llaman? En aquellos días en mi casa había un entradero y un salidero de comadres. Unas hasta se ofrecieron a hacerme de comer mientras que regresaba la que se había ido; pero yo les preguntaba con muy buenos modos que si no tenían nada que hacer en sus casas, que si no tenían padres, maridos, hijos o hermanos, a quienes hacerles la comida.

Desde el día en que Carmen me abandonó, yo no volví a poner los pies en la iglesia. La gente dijo que me había vuelto ateo porque me había abandonado mi mujer; pero lo cierto es que yo no quería ver el retrato de Carmen en el altar. Si no rompí en pedazos a la Virgen fue porque la gente del rumbo es muy devota, y si la rompo me habría ido muy mal.

Otra cosa. Desde que me abandonó Carmen me entró una especie de coraje en contra de las imágenes bonitas. Sin que nadie me lo ordenara me puse a hacer un Cristo con los brazos y las piernas retorcidos, y lo pinté con los colores morados de la agonía. Entre más feo me quedaba, más contento me sentía yo.

Un señor que vino de la ciudad quiso comprarme el Cristo, pero no se lo vendí. Qué va; yo no quería desprenderme de mi trabajo; además tanto dolor no me lo podían pagar a ningún precio. Las gentes del pueblo llegaban a ver al Cristo, y nomás meneaban la cabeza; creo que hasta alguien me dio el pésame.

Yo trataba de explicarles que el Cristo era feo porque debía ser así, pues así lo habían puesto los pecados de los hombres, y que Cristo había muerto por nuestros pecados, y que para morir había tomado los pecados de todos los hombres, y que los pecados son feos. Pero las gentes no me entendían y nomás movían la cabeza.

No fue todo. Con una raíz grandota hice una mujer con las piernas abiertas; parecía que estaba en el trance de un mal parto, como si estuviera pariendo a la tristeza misma. Cuando la vieron, en el pueblo pensaron que me estaba volviendo loco. Sólo al señor de la ciudad, que quién sabe por qué todavía no se iba, le gustó lo que yo estaba haciendo. Pensé que a él también lo había abandonado su mujer. El forastero me dijo que estaba perdiendo mi tiempo en el pueblo, que debía irme para la ciudad, que allá sí ganaría montones de dinero. Pero tenía miedo de encontrarme con mi mujer. La ciudad es grande, dicen; pero si la mala suerte me tocaba, podía encontrarme con Carmen, y ¿qué le iba a decir?, eso de entrar en explicaciones es muy difícil. Uno se enreda con las palabras, y más le vale quedarse callado. Cuando el forastero se fue del pueblo, me sentí más solo. Yo nunca había sido muy platicador, y entonces la gente empezó a sacarme la vuelta; pensaban que estaba loco. Yo tuve la culpa; ¿a quién se le ocurre hacer una mujer tan horrible?

No me importó que en mi casa se acabara el ir y venir de las comadres, y que me dejaran solo; le entraba duro al trabajo, y el trabajo me consolaba. Eso de ir labrando la agonía de una mujer me divertía tanto como si le clavara alfileres al retrato de Carmen, como dicen que hacen las brujas para dañar a los cristianos.

Uno del pueblo que regresó de la ciudad me contó que la había visto a ella, a mi mujer, en una casa de la vida alegre, y que andaba muy pintada y con un vestido de color, muy ajustado. ¡Cómo se ve que en mi pueblo no faltan almas caritativas que luego luego traen las noticias!

Así pasaron los días, unos días se parecían a otros. Hasta que Carmen regresó cuando menos la esperaba. ¡Quién iba



a pensarlo! Carmen nomás se metió en la casa, y me dijo: "Ya vine." Parecía que sólo había salido momentos antes a comprar algo al tendajón de la esquina, pero entonces regresó muy flaca y descolorida, ya casi no se parecía a la Virgen. Llegando luego luego tomó una escoba y se puso a barrer, y dijo: "Qué sucio está esto." Yo no dije nada; no tenía ganas de ponerme a oír explicaciones; además, tanto descaro lo deja a uno sin qué decir. Yo no dije nada, pues; pero pensé que había regresado muy flaca y descolorida, y que ya casi no se parecía a la Virgen. "Debe ser por sus pecados", pensé.

Cuando Carmen vio a la mujer que yo estaba haciendo, me dijo que por esa figura nadie me iba a dar un centavo. Yo pensé contestarle que no era de encargo, que nomás la hacía para pasar el rato; pero pensé que las mujeres son muy cerradas, y yo no tenía ganas de pasar un coraje.

Yo veía a Carmen ir y venir de un lado a otro de la casa, cantando y barriendo como si nada hubiera pasado; sería porque era sobrina del señor párroco, y ella no era miedosa como las demás mujeres del pueblo. Pensé que si ella era tan desmemoriada, yo no tenía por qué estarme haciendo mala sangre con los recuerdos. Arrinconé la figura de la mujer, y me puse a trabajar en serio.

Otro día, muy de mañana, llegué a ver al señor párroco; me aparecí cuando estaba tomando su chocolate y su pan de huevo. Él ni siquiera por cortesía me invitó, pero cuando menos me recibió luego luego, y me dejó hablarle. Le platiqué que su sobrina había vuelto, y que si no la iba a llamar para oír la confesión, porque debía estar muy empecatada. Me respondió que a él no le gustaba confesar a las mujeres, porque siempre tienen una bola de pecados y tardan mucho en confesarlos, y que después había que regañarlas, y que no estaba en su carácter estar lidiando con mujeres, y que lo que debería hacer yo era mandar a Carmen a que lavara la ropa que traía puesta, con agua caliente y jabón, porque podía haber agarrado piojos blancos en las partes en donde había andado. Pero que no pensara en regresarle a Carmen, porque cuando uno se casa es para tomar su cruz para siempre.

Me dio la bendición, y me regresé a mi casa.

Días más tarde, el párroco, no sé si porque quería ayudarme pensando en lo mal que se había portado su sobrina, me encargó una Virgen para regalársela al obispo. Yo estaba falto de dinero, y trabajé con ahínco; Carmen necesitaba ropa; había regresado nomás con la que traía puesta, y para lavarla tenía que quedarse en cueros.

La nueva Virgen quedó tan bonita como las que había hecho en mis buenos tiempos, antes de que Carmen me abandonara. El obispo le escribió una carta al señor párroco. La carta era muy atenta; le daba las gracias por el regalo, y decía que era



una figura de muy buena hechura, y que hacía mucho que no veía una tan bonita.

Pasó el tiempo y volví a ser casi tan feliz como cuando recién casado, como cuando la viruta se amontonaba a mis pies y oía a Carmen cantando en la cocina, y yo pensaba: "Ya casi va a dar la una, no tarda en llamarme a comer."

Pero en este mundo no ha de ser todo felicidad. Otra vez comenzó la cosa. A Carmen le parecía poco todo lo que le compraba; diariamente me decía que fuéramos a la ciudad, aunque fuera a comprar ropa, que la del pueblo era muy ordinaria. A mí me daban ganas de decirle que para qué había vuelto, si en la ciudad tenía muy a la mano todo lo que le gustaba; pero yo me callaba. ¿Para qué iba a hacer un coraje sin chiste?

Me imagino que la gente tiene la culpa de sus tristezas, por no saber conformarse con lo que Dios le da; además, las amigas, las amigas que a un principio cuando llegó no querían arriárselo, luego se fueron acercando al olor de la novedad, las amigas terminaron malaconsejando a Carmen. Yo no las oí, pero ya me figuro que le dirían: "¿Para qué te casaste con un pobre, si tú eras la muchacha más bonita del pueblo? El Pablo habría estado bueno para esposo de una de nosotras, que somos cualquier cosa, pero no para ti; tú eras, y sigues siendo, la muchacha más bonita del pueblo. Tú exígelo, si no se vuelve desobligado." Y las mujeres son muy creídas.

Yo maliciaba que no iba a durar mucho sin que volviera a irse para la ciudad. La vecina de la casa de al lado se encargaba de darme las malas nuevas: "Don Pablo, cuidela, que anda muy descompuesta; le anda echando ojo a todos los hombres del pueblo, y mayormente coquetea con los forasteros. Don Pablo de mis entrañas, cuidela, y sobre todo no deje de pegarle de vez en cuando, y entre más seguido mejor. Para qué es más que la verdad, cuando a las mujeres no nos pegan, nos creemos, les faltamos al respeto a los hombres, los creemos cobardes, y los miramos con desprecio como si fueran chanclas viejas. La Carmen la otra vez se fue porque usted no le arrimó a tiempo unos leñazos; si la deja medio muerta a palos, qué había de irse, ni pensar en ello."

Pero yo no necesitaba de avisos; ya le conocía la mirada inquieta y soñadora que había tenido la primera vez que se fue, una como nostalgia en los ojos, una como tristeza de cosas que no conocía. Esa vez ya no podía engañarme; uno conoce a su gente. En su manera nerviosa de cambiar una silla de un lugar a otro, yo sabía que el viaje no estaba lejos; sabía que ella estaba pensando en la ciudad, pero yo me hacía el desentendido.

Pero llegó un momento en que no pude más, y le dije: "Si te has de ir, vete de una buena vez; pero no vuelvas." Ella se hizo la sorda, y siguió barriendo el patio como si no hubiera oído nada. Tenía los labios apretados; se echaba de ver que no los quería despegar, y como no hay quien le quite sus ideas de la cabeza a una mujer, pues yo no insistí.

Pero pasó un día, y pasó otro, y ella no se iba. "Que se vaya, pero que se vaya de una vez", pensaba yo. Entonces lo que empezó a molestarme fue verla ir y venir por toda la casa, moviendo las sillas y golpeándolas de puros nervios. Quizá ella se daba cuenta de que yo la espiaba disimuladamente, pero ella hacía como que no se daba cuenta, y seguía yendo y viniendo por la casa; la mayoría de las veces entraba a un cuarto, y se quedaba sin saber qué hacer, porque en realidad sólo había entrado por entrar, y no porque tuviera algún quehacer.

Como decía antes, yo la espiaba disimuladamente. Una mañana amaneció más nerviosa que de costumbre, y yo pensé que había llegado el día, y que no pasaría la noche sin que ella se fuera. A eso de las tres de la tarde me dijo que iba al mandado. Yo le dije que sí; que estaba bueno. Ella salió con su canasta vacía debajo del brazo.

Apenas cerró la puerta de la calle, fui al cuarto en donde dormíamos y allí vi todas nuestras cosas: la cama, las sillas y el ropero que yo había hecho por puro cariño. Entonces sentí coraje, para qué es más que la verdad. Uno trabaja para nada; cuando uno menos espera, las ilusiones se le escapan de las manos, y la mujer, la que uno quiere, la que uno quiere porque es su mujer, un buen día se sale a la calle, dice que va a algún lado; pero son mentiras, y dice mentiras porque no piensa volver.

Abrí el ropero que yo había hecho con mis manos; allí en un rincón estaba un bulto de ropa liado con una sábana. El ropero estaba casi vacío; no vi ninguna ropa de Carmen, sólo aquel bulto. Yo cerré el ropero y me puse a esperarla.

Y me puse a esperarla, porque sabía que iba a volver; pensé que no iba a irse sin su ropa. Todo ese tiempo estuve piense y piense en el mesabanco en que me sentaba en la escuela; pensé que yo no lo había querido tajar, al menos no adrede; pero lo había hecho; yo quería hacer algo bonito, y traté de explicárselo al maestro, pero él no quiso o no pudo entenderme, por más que le dije. Es curioso; cómo se acuerda uno de semejantes cosas que ni vienen al caso, y se acuerda una y otra vez, aunque uno no quiera pensar y trate de espantar los malos pensamientos, pero los malos pensamientos le siguen dando vueltas por la cabeza.

Como lo había yo calculado, Carmen regresó. Apenas oí ruido en la puerta y fui a encontrarla. Llegué a tiempo para hacer lo que tenía pensado. Entrando ella, y yo que le echo dos vueltas de llave a la puerta del zaguán; después le dije que dejara el mandado en la cocina, o en lo que nosotros llamábamos cocina. Le dije que teníamos que hablar; pues hay un momento en que los hombres tienen que hablar, que no pueden estar viendo nomás suceder las cosas y quedarse callados.

Ella soltó la canasta, y las cosas que traía adentro rodaron por el suelo. Quizá vio en mi cara la determinación, y se asustó, y de puro susto se puso descolorida como la madera; pero le dije que no se asustara, que en ese momento no tenía pensado hacerle nada, que sólo íbamos a hablar.

Ella no me oyó, ni me respondió una palabra, pero se puso delante de mí, como si yo fuera un santo de la iglesia; entonces le dije que yo era el que los hacía, pero que no había que exagerar.

Después le dije que se levantara, y que me siguiera. Ella me obedeció, y la llevé al cuarto en donde estaban la cama, las sillas y el ropero; porque se puede decir que nomás teníamos dos cuartos; en uno dormíamos y en el otro estaba el taller en donde yo trabajaba.

Entramos en el cuarto, pues. Lo primero que hice fue abrir el ropero, y le enseñé el bulto de ropa, y le pregunté que qué significaba aquello. Como me lo esperaba, Carmen no me respondió, porque no tenía nada que responderme; allí estaba el bulto de ropa que hablaba muy clarito de sus malas intenciones.

Fue lo malo: entonces pensé que ella no tenía nada que decirme, y que yo tampoco tenía nada que decirle. No se me ocurrió otra cosa que sentarme encima de la cama.

Y estando yo allí sentado sobre la cama que había hecho con mis manos, pensé que la había hecho para nosotros, para que fuéramos felices, pero que no nos había servido de mucho; ni la cama, ni las sillas, ni el ropero nos habían dado la felicidad, y nada nos había servido de nada.

Estaba con estos pensamientos, cuando Carmen se arrodilló otra vez, como lo había hecho antes. Pero yo le dije que se levantara, que eso de nada podía servirle, y que ya nada podía servirnos a ninguno de los dos, porque si antes la bendición de su tío el párroco no nos había valido, en adelante nada podría salvarnos. Le dije que mejor viniera a sentarse junto a mí, en la cama.

Ella me obedeció, más bien por miedo que por gusto; pero el caso es que se sentó junto a mí, muy cerca, tan cerca que hasta podía sentir el calor de su carne en mi carne, abajo de la ropa. Entonces sentí el mismo deseo que la primera vez que me la encontré en la calle, y le acaricié los pechos y la besé en la boca.

Aquello me despertó los recuerdos, y los recuerdos un deseo más fuerte. Así que casi sin darme cuenta ya la estaba besando, acariciando y desabrochándole el vestido; pero yo pensaba: "Pablo, tú haces esto para que ella no se vaya; estás tratando de que ella no se vaya, pero después de todos modos se irá." Pero yo hice a un lado los pensamientos que me daban vueltas por la cabeza, y seguí besándola y acariciándola; una vez que había empezado no iba a detenerme. Al principio ella estaba tiesa como la madera, pero al rato se fue ablandando y se fue rindiendo.

Al fin se dejó caer de espaldas sobre la cama, y oí su respiración afanosa. Entonces pensé que ya no iba a irse, al menos no ese día, y si no iba a irse ese día, muy bien podría ser que no se fuera al día siguiente, ni ningún otro día de los que estaban por venir.

Después que hicimos lo que teníamos que hacer, ella y yo nos quedamos sin movernos. Yo sentía todo mi cuerpo lacio, y estuve descansando un buen rato, no sé por cuánto tiempo. Luego volví a abrazarla y a besarla, con el pensamiento de que



mientras la estuviera abrazando y besando ella no podría marcharse. Al rato oí nuevamente su respiración afanosa como la de las yeguas cuando huelen la hierba verde. Después de aquello, nos quedamos sin movernos, porque para entonces ni ella ni yo teníamos ganas de movernos. Yo no tenía ganas de levantarme para comer, ni de moverme para nada de aquella cama.

Así pasamos muchas horas, no sé cuántas; lo único que sé decir es que el cuarto se oscureció; entonces me sentí tranquilo. "Es de noche; ya no va a irse, al menos hoy no se fue", pensé.

Pero entonces ella, en ese mismo momento, me dijo al oído, tan quedo que apenas podía oírla: "No me gusta esa mujer que hiciste; no sé para qué la tienes guardada; deberías romperla, es muy fea y parece que nos va a hacer algún daño. No te lo había dicho antes, pero desde que llegué he estado pensando que esa mujer me va a hacer algún daño; tanto así que desde que regresé no he podido estar tranquila en esta casa."

Yo le dije que sí, que era una figura muy fea; y traté de explicarle que era la imagen del pecado; le dije que así debía ser: fea, porque el pecado es feo, y que a los pecadores se les echa de ver su maldad en la cara. Pero Carmen no quiso oírme, y siguió diciéndome que debería romperla, para que la figura de la mujer no fuera a hacernos algún daño.

Y me levanté descalzo, y así fui al otro cuarto. No prendí la vela, porque me sabía de memoria dónde estaba el hacha, y para lo que iba a hacer no necesitaba luz. Tomé el hacha con las dos manos, y entonces me sentí rabioso como si estuviera embrujado, como si el hacha me despertara todo lo malo que yo traía adentro. Y así enhierrado y furioso comencé a tirar hachazos a ciegas.

La oí quejarse. Yo le dije que podía gritar y quejarse, pero que de todas maneras se iba a quedar a hacerle compañía a la cama, a las sillas, y al ropero.

Sólo dejé de dar hachazos cuando me cansé, y sentí mi camisa empapada de sudor. Entonces a tientas recogí los pedazos de madera que habían quedado regados por el suelo. Saqué todas las astillas al corral, hice un montón con ellas y les prendí fuego. Y viéndolas arder pensaba en las benditas ánimas del purgatorio que están quemándose y sufriendo para que sus feos pecados les sean perdonados, para luego poder salir tan bonitas como la Virgen que está en el altar mayor de la parroquia; si es que no la han quitado.